



Artículos

Sobre el conflicto en el Golfo y su importancia para las relaciones internacionales.

Mariela Cuadro

El 5 de junio de 2017 Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Egipto, el gobierno internacionalmente reconocido de Yemen y el gobierno del este de Libia (Tobruk) retiraron sus respectivos embajadores de Doha, capital de Qatar. Dos días después el reino de Jordania degradó sus relaciones con el emirato. El conflicto, dirigido por Arabia Saudita y EAU, no es nuevo. En efecto, puede remontarse a la década del 90' cuando Arabia Saudita apoyó un golpe de estado en el vecino país para restablecer en el poder al emir que había sido derrocado por su hijo el año anterior. El golpe de estado fracasó y el nuevo emir, Hamad bin Khalifa al-Thani, llevó adelante una impresionante política de desarrollo del país caracterizada por intentar evadirse de los designios del gigante saudí. Así, la relación entre Qatar y Arabia Saudita estuvo marcada por una primera crisis diplomática entre 2002 y 2008, un nuevo intento de golpe de estado del que la familia Al-Thani responsabilizó a la Casa de al-Saud en 2005 y otra crisis diplomática en 2014 enmarcada en los levantamientos árabes y el apoyo de Qatar a través de su corporación mediática, Al-Jazeera, a los Hermanos Musulmanes en la región.

Sin embargo, la crisis actual es más intensa y más profunda, puesto que al retiro de sus representantes diplomáticos, estos países le han sumado el corte de todas las rutas terrestres, marítimas y aéreas, dejando a Qatar en aislamiento. Aún más: han llamado a los ciudadanos qataríes en sus territorios a abandonarlos y han hecho lo mismo con los propios que se encontraban en el pequeño emirato. Asimismo, ha habido informes de que autoridades saudíes no han permitido a ciudadanos qataríes ingresar a la Gran Mezquita en La Meca como parte de su peregrinaje al sagrado lugar. El aislamiento no es sólo político, sino también territorial: la única frontera por tierra que tiene Qatar es con Arabia Saudita y depende en un 40% de las importaciones de alimentos desde este país. De no mediar apoyo de otros países como Turquía e Irán, este último dato amenaza con que la crisis diplomática derive en una crisis de desestabilización social interna.

El objetivo declarado de estos movimientos por parte de los países instigadores es obligar a Qatar a que deje de financiar y sostener al "terrorismo". Con este significativo ambiguo se hace referencia a varias relaciones que Doha posee con diversos movimientos islámicos, desde el Hamas palestino y los Hermanos Musulmanes egipcios hasta el Jabhat Fateh al-Sham (ex Jabhat al-Nusra, asociado de Al-Qaeda en Siria). Sin

embargo, lo más importante es que con ese significativo se hace también referencia a las relaciones de Qatar con Irán. En su discurso en Riad de fines de mayo, el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, señaló a la potencia persa como la responsable de dar refugio, financiar y entregar base social al terrorismo. Aún más, al hacer de Arabia Saudita su primer destino exterior como presidente, Trump le otorgó un fuerte respaldo a las políticas de la Casa de al-Saud.

El conflicto pone en evidencia que el cisma sunnitas (representados por Arabia Saudita) – shiítas (representados por Irán) no es el único que organiza las relaciones de fuerza en la región. El énfasis en la lectura religioso-confesional encaja con los preconceptos hacia Medio Oriente que hacen de ésta una región ubicada en los márgenes de la modernidad y ubica a la lectura hegemónica del ordenamiento regional en el marco del discurso orientalista que pusiera en evidencia Edward Said. Además, adscribe a la comprensión dualizada de los fenómenos internacionales que busca simplificar relaciones extremadamente complejas. El hecho de que tanto Qatar como Arabia Saudita sean Estados wahabitas echa por tierra con esta lectura que ha inundado la región de políticas sectarias y ha contribuido a la emergencia de organizaciones como el Daesh.

La Casa de al-Saud ha colocado a la familia Al-Thani en una disyuntiva que puede derivar en el establecimiento de novedosas alianzas que implican a todo Medio Oriente y el Norte de África. En efecto, Doha, Riad y Abu Dabi se encuentran apoyando a distintas facciones en conflictos fundamentales como los de Libia, Siria e Israel/Palestina. Si Turquía no traiciona su alianza estratégica con Qatar e Irán aprovecha la situación para girar a su favor la relación de fuerzas en su disputa con Arabia Saudita, este movimiento podría resultar muy costoso para la Casa de al-Saud. Y tanto Ankara como Teherán parecen estar marchando en esa dirección: el parlamento turco ha aprobado el 7 de junio un permiso para el despliegue de tropas en Qatar e Irán ha enviado alimento al vecino emirato y prometió aún más. Entre tanto, Washington también se encuentra en una situación incómoda puesto que Qatar es asiento de su base militar más importante de la región (la base Al-Udeir del Comando Central estadounidense).

La política en Medio Oriente no puede explicarse exclusivamente por el factor religioso-confesional. Siendo una política de poder, tampoco puede pensarse únicamente en términos estatales clásicos. Intereses económicos, relaciones tribales, historias de familias, religión y política, naciones truncadas, entre otros, deben ser factores a tener en cuenta. La disputa en el Golfo -esa subregión que ya nos ha entregado varias guerras e intervenciones- es de fundamental importancia para comprender el mundo, puesto que allí se encuentran implicadas potencias regionales y globales. Para lograrlo es preciso que nos saquemos los lentes occidentales/liberales con ambiciones universalistas y, en cambio, tratemos de indagar en las peculiaridades y las particulares relaciones históricas que conforman la región.

En este sentido, de profundizarse, esta disputa podría desactivar el discurso sectario que tiende a organizar las relaciones entre los países de la región y, por lo tanto, disminuir este tipo de conflicto que ha imposibilitado la formación exitosa de naciones en Medio Oriente.